

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

Las ceremonias del día de las Candelas

LA fiesta de la Purificación, el día de Nuestra Señora de las Candelas, se celebra desde muy antiguo en la Iglesia, por lo menos desde el siglo IV, y es de las que más atraen al pueblo cristiano. Tres ideas principales refleja esta fiesta: la Purificación de la Virgen, la presentación del niño Jesús ante su Padre celestial y la aparición ante el mundo como su luz y salvación. Las tres ideas nos las representan las ceremonias que usa la Iglesia y mejor todavía según las practica la Orden de Santo Domingo.

Lo primero que se hace antes de comenzar la misa es bendecir las candelas. Significan estas candelas que Cristo Nuestro Señor es la luz del mundo y que vino para alumbrar á los que se hallaban en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Como tal le anunció Simeón, y por eso se encienden al entonar el cantor las palabras del venerable anciano: *lumen ad revelationem gentium et gloriam plebis tuae Israel*; luz para ser revelada á los Gentiles y gloria de tu pueblo Israel. Enseguida se hace la procesión como para acompañar á la Virgen, que se dirige al templo con su divino Hijo en los brazos y con las palomas que ha de ofrecer para su rescate y la ofrenda con que obsequiará al sacerdote, que en nombre de Dios la ha de recibir y declarar limpia, según la Ley, y digna de entrar en el lugar santo, donde habita la gloria del Señor.

Comencemos ahora la misa con la devoción y espíritu con que la Virgen se presentó en el templo y con-

servemos encendidas las velas hasta que llegue la hora de ofrecerlas en compañía de la Madre de Dios. Llega el ofertorio, momento en que antiguamente solían los fieles presentar sus dones, ya para contribuir al sacrificio, ya para ayudar al culto y en el cual el sacerdote ofrece al Padre eterno el pan y el vino que ha de consagrar. Es la ocasión de repetir la tierna ceremonia de ofrecer María á su Hijo y dar el rescate que manda la Ley por los primogénitos. Los fieles en pie, con las candelas en la mano, abren paso á la Reina del cielo, observan lo que ella hace, piensan en el espíritu que la animaría, para luego imitarla.

Lo primero que ofrece la Virgen sin mancha son dos palomas llevadas por niña inocente, cristiana y por lo mismo consagrada también al servicio de Dios. Mandaba Moisés que toda mujer israelita, al tener su primogénito, lo considerara propiedad del Señor que sacara á su pueblo de Egipto y que por lo tanto tuviera que rescatarse, ofreciendo en vez de él ya un cordero, si era rica, un par de palomas ó tórtolas, si era pobre. La Madre del Salvador era pobre, no tiene duda; San Lucas nos dice que dió por su Hijo la ofrenda de las pobres, un par de palomas. A este precio podía quedarse con el Niño; Dios admitía esta sustitución y daba por reconocido su dominio. Como en Egipto perdonó á los primogénitos de los israelitas á causa de la sangre del cordero, así en los tiempos sucesivos los perdonaba por el sacrificio del cordero ó de las palomas.

Otra niña inocente como la primera y ataviada cual en actos tan santos conviene, presenta al sacerdote, en nombre de la Virgen, un roscón ó tarta. ¿Qué significa este roscón en el lugar santo y ofrecido nada menos que por la Virgen al sacerdote del Señor?

En la antigua Ley los animales ofrecidos en sacrificio eran degollados y quemados en honra de Dios. El degüello de los animales significaba la muerte que merecemos por los pecados; el ser el animal quemado la desaparición de los pecados por la virtud del sacrificio, ofrecido con sentimiento de piedad y penitencia. Pero al mismo tiempo que el animal del sacrificio solían los israelitas fervorosos hacer alguna ofrenda

en especie de pan, vino, aceite, etc., y no de cualquier modo, sino más bien formando tortas ó *polentas* bien arregladas y presentadas. De estas tortas se echaba como un puñado en el fuego del sacrificio, para indicar que también se consagraba á Dios y luego se regalaban á los sacerdotes en señal de agradecimiento y respeto. La tradición cristiana cree que la Virgen como fervorosa, además de las palomas que habían de ser sacrificadas en honra del Señor, hizo también la ofrenda que era más propiamente obsequio para los sacerdotes. De ahí el roscón que figura en las ceremonias del día de la Purificación.

Al llegar aquí se me ocurre un breve paréntesis para recordar otros tiempos de más fe. Hace unos años, treinta á lo más, asistían en corporación á estas fiestas aquellos distinguidos caballeros que se llamaban á sí mismos *Hermanos de Nuestra Señora del Rosario*. Con la Comunidad de los Padres Dominicos asistían á la procesión, con la Comunidad ofrecían después la vela y terminada la función pasaban á la sacristía, donde en santa compañía con el P. Capellán del Rosario, comían el roscón que ellos mismos habían encargado para la ofrenda. ¿Dónde están ahora esos fervorosos caballeros? ¿Cuántos hay que tengan á honra llamarse *Hermanos de la Virgen*? Eran nuestros padres y ya olvidamos sus enseñanzas, sus ejemplos, su valor cristiano.

Después de las palomas, después del roscón ofrece la Virgen su vela y á continuación presenta el tesoro de su corazón, el objeto de sus cariños, la víctima que ha de pagar por todos; entrega en manos del sacerdote para que le ofrezca al Señor el divino Infante que le ha nacido por obra y gracia del Espíritu Santo. ¡Quién fuera testigo de lo que pasó en aquel corazón virginal! ¡Quién podría adivinar los pensamientos que se agolparon en su alma sabiendo que ofrecía al Redentor del género humano, al precio de nuestra salvación y rescate! Las palabras de Simeón que aquel Niño sería señal de contradicción y que cruel espada de dolor atravesaría el corazón de la Madre, vinieron á turbar la alegría de la Virgen, haciéndola vislumbrar en los parabienes y bendiciones de la hora

presente las escenas desgarradoras del drama del Calvario.

En la antigua Ley, así que el niño era presentado al Señor por manos del sacerdote, se devolvía de nuevo á su madre. Dios, dueño de los primogénitos, consentía en dejarlos á los padres, una vez rescatados por medio del sacrificio. Esa dicha tuvo la Virgen; recibió de nuevo con alegría indecible aquel divino Niño para criarle, para cuidarle hasta que llegase el tiempo en que Dios se lo pidiese de nuevo, no para ser como ahora rescatado; sino para ser inmolado por la salud y rescate de todos. Pero para significar que aquel Niño había de ser realmente sacrificado y que su rescate actual sólo indica que se aplaza la inmola- ción de la víctima divina, en el rito dominicano, el sacerdote no devuelve el Niño á la Virgen, sino que le entrega á Dios, poniéndolo sobre el altar. En efecto: nuestro Salvador, aunque ofreció víctimas por su res- cate, era la víctima universal que había de rescatar á todos; aunque entonces fué sustituido por un par de palomas, sin embargo, andando el tiempo, había él de sustituir á todas las víctimas. Por eso el sacerdote no le devuelve á la Virgen, á pesar de que ofreció las palomas, se queda con él para decir á la Madre que el Hijo es la hostia que ha de satisfacer por los pe- cados del mundo, que el Unigénito del Padre es el que puede merecer la redención de todos, no aquellos animales, víctimas insuficientes para aplacar la Majes- tad infinita.

¡Qué hermosa es la fiesta de la Purificación bien en- tendida! ¿Qué extraño es que los fieles sencillos y pia- dosos acudan con presteza á contemplar ceremonias tan expresivas? Sobre todo los cofrades del Rosario, siempre y en todos los países festejan con singular piedad el cuarto misterio gozoso. María ofreciendo á Jesús por nosotros; Jesús, consagrándose al Padre por la redención de los hombres, bien merecen atraer las miradas de los cristianos. Los cofrades y devotos de María deben acompañar al templo á su augusta Reina y con ella y por mano de ella presentar al Padre eter- no los méritos infinitos de su Hijo. Hostia de tanto va- lor nos alcanzará la reconciliación y el perdón y nos-

otros podremos descansar confiados á la sombra del Redentor. Acompañemos á María; observemos cómo ofrece su divino Infante y así aprenderemos nosotros á presentarnos delante de Dios.

FR. C.

¡VIVA LA LIBERTAD!

(DIÁLOGO PATRIÓTICO)

DON Patricio, ya que ha sacado usted á relucir esa *palabreja*, permítame continuar durante nuestro paseo la conversación que nos interrumpió el bueno de don Feliciano.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo; lo que decía usted sobre el concepto de *libertad* ¿verdad?

—¡Justo! Temo molestarle, sin embargo me atrevo á pedirle este favor. Es para mí un desahogo: porque, créame que me llenó de coraje aquel discurso que le citaba el jueves pasado.

—Nada, nada, don Evaristo, usted puede suponerse con qué gusto le he de escuchar: como que tenía deseo de pedirle por Dios y por todos los santos la continuación de aquella elocuente parrafada de usted cuando recordara.

—¡Jé! Es favor.

—Sí, señor; cuando habla el convencimiento, no hay que darle vueltas, y usted me consta que tiene la materia estudiada. En santa amistad lo hemos de pasar esta tarde; y más cuando podemos calentar las manos al brasero, porque ¡hace un frío, que se hielan las palabras en la boca!

—Bien, pues; como le iba diciendo, á esos señores—ó pobretones, mejor dicho—hacía falta arrancarles una definición de la verdadera libertad. O, si esto es algo difícil, puesto que donde no hay, no es posible encontrar, á nosotros nos incumbe darla, y persuadirles por racionios convincentes de la evidencia. ¡Libertad de pensamiento, proclaman, libertad de imprenta, libertad de cultos, etc., etc...!

Cuando oigo estas proclamas, el primer movimiento de

mi espíritu es de risa, luego reflexiono y me parecen justas...

—Todavía va á resultar que es usted uno de tantos voringleros; me parece. ¡Ja, jaay!

—No, hombre; digo que me parecen justas; luego reflexiono otro poquito, y voy en busca de la intención del que así grita.

—Admirable. Y ahora me permito preguntarle; imagínese que un servidor de usted es un incrédulo cerrado de entendimiento y de voluntad para todo lo que huelga á filosofía cristiana, ó cosa así: diga usted, ¿cómo haría para ponernos al unísono, de modo y manera que pudiésemos decir amén en el mismo punto final? Nada, que le he puesto en el garlito...

—En poca agua supone que me ahogo. Pues, mire, buen Patricio: su provisional incredulidad ¿cómo le dice que debe definirse la libertad? Hable desinteresadamente, pero de acuerdo con el dictamen de la sana razón.

—Casi me pide un imposible; mas ya adivino su pensamiento. Diré que la libertad de *conciencia*, por ejemplo, es una facultad del hombre para pensar y obrar según le plazca con respecto á creencias religiosas.

—Ya enseña los dientes...

—Cállese, que lo pruebo. La inteligencia libre, la voluntad libre, es un don natural al hombre; es una necesidad, por consiguiente, el usar á su antojo de aquello que le inspiran esas nobles potencias, lo mismo que un pájaro puede hacer uso de sus alas y un pez de sus aletas. ¿Concibe usted que pueda subsistir la libertad con la coacción, el acto espontáneo con la obligación que exteriormente quiere imponerse, alegando á todo más razones de conveniencia, que siempre lesionan los fueros de dicha espontaneidad salvadora?

—La cosa va tomando incremento... ¡Viva la libertad!

—¡Que viva, canastos! Y todavía, todavía no sé á dónde iremos á parar (¿?).

—Por donde usted va pararemos en convertirnos en pájaros ó peces (¡!). Ahora tengo la palabra. Mire usted; por lo mismo que la libertad es, según admite, una facultad humana, me parece inútil advertirle que no puede ser destructora del mismo individuo que la posee. Trajo en corroboración de su doctrina el ejemplo del pájaro que vuela haciendo uso de esa facultad que le da la madre naturaleza. Muy á propósito...

—Oiga, ante todo, no me tome usted el pelo ¡pícaro!

—¿Cómo, si está ya calvo?

—¡Vaya!, siga, no se puede con usted, D. Evaristo.

—Sí, hombre, el ejemplo es á propósito para que le revele el secreto de la verdadera libertad. Si el pájaro, lo mismo podemos decir de cualquier otro sér animado, tiene sus sentidos, sus potencias orgánicas, cuyo uso va dirigido por el instinto de conservación; los actos humanos, el uso de nuestras facultades creo yo que deben ser dirigidos por la ilustración interna de la inteligencia, de la razón recta, si es que no pretendemos ser más ciegos que los brutos, si no buscamos como norma de nuestras acciones el apasionamiento, la inconsideración propia de irracionales. Aquí está la falacia del falso raciocinio del librepensador, aquí está el crimen de la libertad mal entendida. ¿No ve usted cómo confunden la libertad con la necesidad, la acción individual íntegra con la acción exteriorizada, el libre albedrío del hombre con el instinto de los brutos?...

—Ya está usted encarrilado; siga, siga con mil amores.

—Ahora comprenderemos la ilegalidad, por no decir otra cosa más fuerte, del decantado liberalismo como sistema de gobierno. La emancipación de toda autoridad, de toda idea religiosa, este es el fundamento y principio que proclama. ¿Quién no ve su contradicción? De modo que quieren gobernar, quieren ser autónomos, y dicen que no existe autoridad que pueda imponerse; dicen que el pueblo es soberano, libre, y buscan para ellos el sufragio universal; dicen que hay absoluta libertad de cultos, de pensamiento, de imprenta, de... todo lo imaginable, y ¡pobre del que intente usar de estas franquicias ¡le hunden! Señores, ¿qué insulto es ese? Es que entienden por libertad lo que su dañada voluntad pide á voz en cuello; es que la confunden con el libertinaje.

—Ahora deseo que me explique el por qué de semejante mentecatería.

—Encuentro una razón poderosísima. No hay duda; dan más derecho, por lo menos prácticamente, dan más derecho, digo, al error que á la verdad, al mal que al bien. Y no es eso; el error, el mal, siempre son adversarios del mismo que los busca: es decir, son destructores de la humanidad. Busque usted en la sabia naturaleza algún sér en cualquiera de los diferentes reinos, y no encontrará ni uno que intente directamente el mal propio ó ajeno; y ¿para qué ir más allá? La razón humana pura odia el error, la voluntad aborrece el

mal: luego es imposible justificar la pretensión de tales *adoc-trinadores*.

—Esto es lo que estamos viendo por las dolorosas consecuencias que hoy día afligen á nuestra amada y cristiana Patria. Y al fin, ¿quién llevará el patrimonio de la Virgen María?

—Me recuerda usted con esa consideración una disputa con mi hijo mayor Constantino. Lo que es, si mi conciencia no estuviese tranquila sabiendo que cumplí con mi deber de educarle, en estos momentos no concibo término á las lágrimas. Vea usted lo que decía ese *tontín*, que no sé en qué papeluchos lo pudo leer, ó qué amigos tiene que se lo cuentan. «Sí, señor, el gobierno puede hacer eso y lo que se le antoje»—hablaba de la ley ignominiosa del candado—. Y sin saber á qué santo, trajo á colación lo de los *hechos consumados*, lo de la *autonomía é independencia* del Estado y la Iglesia; en fin, lo indecible por su ridiculez. Claro está; esto me hizo derramar lágrimas, y si no le dí un bofetón como se lo merecía, fué por respeto á los circunstantes.

—Ya ve usted, la juventud de hoy se las echa de muy ilustrada, y si faltan esas valentías de insultar y escarnecer de lo más sagrado, no prueba su calificativo. A su hijo Constantino le fastidió el meloso de Isidro, llevándole á París con el pretexto de salir consumado mecánico.

—Sí, y mejor se metía entre ruedas, ejes, etc., y no en lo que no entiende ni palote. Dios ilumine á los padres de familia, para que sepan á dónde mandan á sus hijos; porque estoy convencido de que no vale confiar en sus buenas inclinaciones; nada, el poder del mal ejemplo, sobre todo si es constante, acaba por estragar cualquier educación. Otro tanto sucede con las malas lecturas.

—Esto ha sido un paréntesis; ahora puede reanudar la interrumpida ilación de su discreta y profunda apología de la libertad.

—Sí; mas casi ya no merece la pena; estamos llegando á la ciudad, y llamaríamos la atención, si nos oyen hablar con tanto entusiasmo. ¿No le parece?

—¡Chico! ¿Usted se preocupa del qué dirán? No sea tan esclavo, hay que probar que hay libertad para todo. ¿De qué veníamos hablando, si no?

—Bien, ya me ha animado; voy á terminar. Pues sí; el hombre naturalmente quiere el bien; luego esto es objeto dig-

no del hombre, el bien y lo verdadero; luego á esto deben dirigirse los actos de sus potencias anímicas; luego es un absurdo, ó mejor un abuso, emplearlas en otro sentido, es decir, hacia el mal y hacia el error. Ahora tenemos indicada la verdadera concepción de la verdadera libertad, y nos es fácil señalar las consecuencias fatales del liberalismo. La primera es el *indiferentismo* en materia de religión, que es una blasfemia, un desacato contra el derecho divino: luego, ó al mismo tiempo, el *racionalismo* se echa encima: y ahora *tópate* ahí con el sacrílego *ateísmo*. Porque no quiero molestarle, dejo á su consideración el traer ejemplos que confirmen lo dicho. Y si usted me permite, diga ¿qué significan esos gritos de ¡mueran las Ordenes religiosas! ¡Abajo los curas y frailes... etc? Ya ve, comenzaron por hacerse indiferentes, y consiguieron llegar hasta el último peldaño del rastrero libertinaje. Y ahí tiene usted confirmado aquel dicho gráfico de un sabio literato: «Cuando oigas pregonar libertad, libertad, atranca bien la puerta por dentro», *porque es que la libertad no existe.*

— ¡Hombre! Está usted inspirado.

— Bueno, digamos por fin que no es libertad sino el obrar el bien, y no demos más pruebas que lo que vemos en el mismo Dios; siendo libérrimo, no es posible que elija el mal ni lo falso. Lloremos á España, que invadida con *ideonas* modernas, no sabe cómo detener ahora las consecuencias funestas, pero necesarias, de tal modernización. Pidamos á los buenos católicos que en sus hijos regeneren la sociedad de mañana, y se ahorrarán la ignominia que hoy llevan nuestros abuelos.

— Yo aprovecho esta ocasión para dar mi enhorabuena á esos invictos defensores de la verdadera libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios, como dicen los libros santos. Ellos públicamente pusieron la obstrucción que les fué posible al avance del desacato más indigno contra la religión verdadera, contra Dios.

— Bueno, ahora ya estamos en casa, y con toda libertad, apoyando lo que usted acaba de indicarme, yo digo: ¡Viva la verdadera libertad! Y en nombre de ella vamos á tomar el chocolate *juntitos*. Así resultará un diálogo patriótico en toda regla.

— No, muchas gracias.

— Está prohibido hacerse rogar. ¡Chitón! y está todo arreglado.

FR. MORO.

LOURDES Y EL ROSARIO

EL día 11 de Febrero hará cincuenta y tres años que se apareció la Virgen Inmaculada á Bernardita en la Gruta de Lourdes y le dirigió palabras de consuelo para ella y exhortaciones á la oración y á la penitencia para el mundo.

Antes de esta fecha Lourdes era un lugar ignorado; su nombre no se había pronunciado fuera del horizonte que limitan las rocas de Massabielle; ningún geógrafo había fijado su posición en el mapa. Hoy es su nombre conocido en todo el mundo, su transformación ha sido tal, que lo que antes era un pueblecillo insignificante, hoy es casi una ciudad con soberbias basílicas, elegantes hoteles, grandes comercios y con una vía férrea para ella expresamente construída. Grandes transformaciones ofrece la historia de los últimos tiempos: ciudades tan importantes como San Petersburgo, Sebastopol, Port-Arthur, Essen y San Francisco, nacieron como por encanto en lugares antes desiertos y crecieron asombrosamente en pocos años; pero todo esto ha sido obra del tesón é industria de los hombres ó de la riqueza y estrategia de los lugares. Pero á ninguna de estas condiciones puede atribuirse la transformación rápida de Lourdes; ella ha sido obra únicamente de la mano de Dios, que escogió este lugar para hacer en él ostentación de su poder sobre la naturaleza y de su misericordia para con los hombres. Los testigos de los primeros acontecimientos milagrosos obrados en aquel sitio decían que *allí se revelaba el cielo á la tierra*. Y razón sobrada tenían para hablar de este modo, porque allí se dignó aparecerse la Reina de los cielos, que eligió aquel oscuro rincón de Francia para asentar en él su trono, recibir las adoraciones de sus hijos los pecadores y consolar y socorrer á los hombres con su bondad y ternura inefables, con su poder y valimiento casi omnipotentes.

Era el día 11 de Febrero del año de 1858. Una humilde pastorcita de catorce años, hija de unos pobres molineros de Lourdes, recogía leña en compañía de otras dos jóvenes de su edad, junto á una gruta que había cerca de aquel pueblecillo. Disponíase Bernardita (que este era el nombre de la niña) á pasar un arroyuelo que corre al pie de la cueva, cuando oyó un ruido extraño que despertó su atención. Creyendo fuese producido por el viento, miró á los álamos de las orillas del Gave, pero, al ver que sus hojas no se movían, dijo para sí: «me he engañado» y continuó su tarea. Mas el ruido se hizo oír de nuevo y alzando entonces Bernardita los ojos hacia la gruta, vió con asombro en un pequeño nicho que se abría en la roca, una Señora de una belleza extraordinaria, rodeada de celestiales resplandores. Estaba vestida de una túnica blanca como la azucena; un largo velo del mismo color cubría su cabeza, hombros y espalda; un cinturón azul rodeaba su talle, cayendo sus puntas por delante en dos anchas y flotantes bandas. Tenía las manos juntas en actitud suplicante; de su brazo derecho pendía un largo rosario, formado, al parecer, de gruesas cuentas de alabastro y cadena de oro; sus pies, adornados cada uno con una rosa amarilla, pisaban las ramas de un rosal silvestre. Ante semejante aparición, Bernardita se llena de espanto, cae de rodillas, empuña su rosario y quiere hacer con él la señal de la cruz, pero su brazo permanece inmóvil. La Señora entonces le sonríe dulcemente, y para animarla hace Ella la señal de la cruz con la de su rosario. Bernardita hace lo mismo y empieza á rezar devotamente el Santo Rosario; cuando la oración se termina, desaparece la visión sin hablar palabra.

La niña refirió á sus padres cuánto le había acaecido, mas éstos creyeron á su hija víctima de alguna ilusión y la prohibieron volver á la gruta. Ella obedece sumisa, pero el día 14, no pudiendo resistir á los deseos que interiormente la movían á volver al lugar de la aparición, consiguió á fuerza de ruegos que su madre la levantase la prohibición. Vuelve:

junto al dichoso peñasco, acompañada de algunas amigas que por recomendación suya llevaron consigo sus rosarios y poco después de haber empezado á rezar la oración preferida de la Santísima Virgen, tuvo la dicha de que *la Señora del Rosal*, como Bernardita la llamaba, se le apareciese de nuevo y la consolase con su mirada bondadosa y con sus celestiales sonrisas. En la tercera aparición, que tuvo lugar el día 18 del mismo mes de Febrero, se dignó hablarle y las palabras que le dijo fueron éstas: «Bernardita, yo quiero haceros feliz, no en este mundo, sino en el otro. Solamente hacedme la gracia de venir aquí durante quince días». Cumplió ella fielmente el encargo y tuvo la envidiable dicha de que la celestial visión se le apareciese hasta diez y ocho veces. Le hizo muchas revelaciones que á nadie quiso descubrir, y además le dijo, entre otras muchas cosas, que *Ella era la Inmaculada Concepción*, que era su voluntad se le edificase en aquel lugar una capilla á donde acudiesen las gentes en procesión, que orase por los pecadores y amase la penitencia.

Muchos prodigios confirmaron estas revelaciones. Al pie de la gruta de la aparición brotó milagrosamente una fuente con cuyas aguas se han obrado y se obran todavía multitud de curaciones milagrosas, reconocidas como tales por médicos de todas las creencias y hasta por muchos que no tienen ninguna. Las conversiones allí verificadas sólo Dios y sus ángeles pueden contarlas. La devoción de los pueblos fué tal, que acudían en peregrinaciones numerosas á venerar aquellos lugares. En el año 1876 se consagró allí á la Virgen Inmaculada una soberbia Basílica y se coronó solemnemente la imagen de María en presencia de más de cien mil personas. El fervor religioso se ha aumentado cada vez más con nuevos prodigios, y el actual Pontífice confirmó la devoción de los fieles extendiendo á toda la Iglesia el Oficio, de la Aparición de la Inmaculada Concepción en Lourdes.

Esta es, á grandes rasgos, la historia de las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes. Desde luego se observa una cosa muy notable en esta aparición de la Virgen Santísima, y es que en casi todos los acontecimientos y circunstancias de ella está simbolizada la devoción del Santo Rosario. En efecto, la madre de Dios se aparece á una humilde pastora que no sabe otra oración que la del Rosario, y se le manifiesta llevando colgado del brazo derecho un largo rosario y pisando las ramas de un rosal con sus divinas plantas, adornadas cada una con una rosa amarilla; ordena á Bernardita que vaya á rezar el Rosario durante quince días seguidos al pie de la cueva; basta que empiece el rezo de esta oración, para que la *Señora del Rosal* se le aparezca llena de gloria y de celestial hermosura; al mismo tiempo que la vidente recita las *ave-marías*, la Reina del Cielo va repasando también las cuentas de su rosario; al llegar al fin de cada decena, la Virgen María junta sus manos benditas, y con una piedad y devoción del todo celestiales dice con Bernardita: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, y, en fin, cuando la oración llega á su término, la celestial Señora se santigua con el crucifijo de su rosario, mira á la afortunada niña con bondad y ternura inefables, la saluda con una inclinación de cabeza y desaparece de sus ojos. ¿Podía la Virgen Inmaculada indicarnos más claramente el gozo y complacencia que siente con el rezo del santísimo Rosario? Parece que la Virgen Santísima, como en los días de Santo Domingo de Guzmán, escogió el Rosario para combatir la impiedad que hacía estragos en todo el mundo y en Francia más que en ninguna otra nación. Ella nos quiso decir que la impiedad, esa peste abominable, madre de tantas herejías, blasfemias y sacrificios como se profieren contra la Iglesia de Dios en libros y periódicos de todas clases; causa de tantos ultrajes y escarnios como contra Dios y su santa ley se cometen; origen de esa indiferencia religiosa y de ese abandono de las prácticas de devoción, debía ser combatida con el Rosario, con esa

arma invencible que Ella puso en manos de Santo Domingo de Guzmán, allá en el siglo XIII, cuando este santo Patriarca debelaba la herejía albigense en una comarca próxima á Lourdes.

Así lo comprendieron los devotos de la Virgen de Lourdes, y para digna memoria de esta devoción, han edificado junto á la cueva de las apariciones una grandiosa Basílica, que lleva el nombre del Rosario. En su portada principal se ve la imagen de Santo Domingo recibiendo el Rosario de manos de la Virgen Santísima. Esta oración resuena constantemente en aquellos lugares, y por su medio alcanzan los devotos de María las gracias y los favores que imploran. La rezan los enfermos en sus camillas y Ella les da la santa resignación con que soportan sus dolores; la rezan los peregrinos que allí acuden, y en sus misterios encuentran la esperanza y la dicha; la rezan los hombres mundanos y hasta los incrédulos y protestantes, que no pueden resistir al contagio de devoción que allí se respira, y la Virgen Santísima les da la fe que ilumina el espíritu y la piedad que rejuvенеce el corazón; la rezan, en una palabra, cuantos llegan á venerar aquellos lugares santificados por la Madre de Dios y todos consiguen las gracias y los consuelos que necesitan, porque el Rosario es un talismán precioso que tiene virtud para remediar toda clase de necesidades, un arpa divina que, al contacto de una mano piadosa, despide celestiales armonías, una llave de oro que nos abre las puertas del corazón de María y por Ella las del tesoro infinito de gracias que nos mereció su divino Hijo.

Recemos todos con devoción siempre creciente la oración del Rosario y seguramente nos granjearemos las benevolencias y favores que tanto prodiga la Virgen Santísima de Lourdes.

FR. J. PRIETO.

SECCION DE NOTICIAS

De España.— Por fin se aprobó en el Congreso la inícuca ley del *candado*, á pesar de la valiente oposición de la minoría tradicionalista. Una vez que Canalejas salió con la suya, cerró las Cortes, hizo una pequeña crisis, en la que perecieron los señores Merino, Calbetón y Burell, á quienes sustituyeron los señores Castrillo, Gasset y Amós Salvador, y enseguida se marchó con el Rey á Melilla. Hace poco más de un año decía el señor Canalejas que era inútil el sacrificio que España hacía para dominar el Rif, que allí no había más que peñascos y chumberas, etcétera; hoy no salen de su boca sino himnos y ditirambos ponderativos de la importancia de nuestras posiciones.

— En Madrid se celebró el día 8 de Enero un gran banquete en honor de los diputados tradicionalistas, que con valor y constancia heroicos sostuvieron la obstrucción á la ley del *candado*. Concurrieron al acto cerca de mil comensales y millares de asistentes, y pronunciaron elocuentísimos discursos los diputados señores Senante y Vázquez Mella.

— A Lerroux, en cambio, le obsequiaron el día 6 los socialistas de Bilbao con una silba fenomenal. Quiso celebrar un mitin en aquella población, para defender su conducta política y moral, tan malparada recientemente en el Congreso, pero los socialistas repartieron un manifiesto, poniendo á Lerroux como merece, acusándole de haberse guardado 800 pesetas que su periódico, *El Progreso*, de Barcelona, recaudó para los obreros huelguistas de Bilbao, y no contentos con esto, fueron al mitin y allí vocearon, silbaron y repartieron copiosos garrotazos; de modo que el acto tuvo que suspenderse sin poder hablar ninguno de los oradores.

Restitución.— El P. Constantino Gutiérrez, Dominicó, residente en Coruña, ha recibido para restituir, bajo secreto de confesión, la cantidad de 20.000 pesetas. No ha mucho que este mismo religioso recibió, con igual fin, la suma de 35.000 pesetas.

Ahora tienen la palabra los impugnadores de la confesión sacramental.

Ilustre difunto.— El día 27 de Diciembre dejó de existir el muy reverendo P. Fr. Manuel Lacalle, Dominicó, que residía en Palencia. Era orador sagrado de grande y muy justa fama, mereciendo por ello que la Orden le concediera el título de Predicador General. En su

breve vida (contaba sólo 48 años) trabajó con indecible ardor por la conversión de las almas, predicando en casi todos los pueblos de la provincia de Palencia y en muchos de las de Oviedo, Galicia, Cataluña y Salamanca. Su entierro fué una grandiosa manifestación de duelo, que atestiguó lo muy apreciado que era en Palencia. Descanse en paz y rueguen por él nuestros lectores.

De Portugal.—Desde que en el vecino reino se constituyó la República, hay tal desorden de cosas, que las personas de alguna posición, temiendo por su seguridad, emigran á España, Francia é Inglaterra. Recientemente ha estallado una huelga de ferroviarios y dependientes de comercio que han causado serios disturbios y han tenido á Portugal, durante varios días, incomunicado con las demás naciones.

Lo peor fué que los soldados enviados para reprimir á los huelguistas hicieron causa con ellos, pidiendo también aumento de sueldo, y entre unos y otros destrozaron las máquinas de los trenes, asaltaron tiendas y redacciones de periódicos é hicieron otras barbaridades por este estilo.

De Bélgica —Los Padres Dominicos de Lieja acaban de fundar, bajo el patrocinio del Obispo, una Biblioteca de Apologética Popular que está llamada á producir mucho fruto.

Honrosa distinción.—En Bruselas ha sido elegido Presidente de la Sociedad de Economía Social el eminente sociólogo P. Ceslao Rutten, Dominicano.

De Italia.—La Asociación del Rosario entre los niños, fundada hace poco más de un año, cuenta ya más de 12.000 asociados, y se ha extendido á otras naciones. Actualmente recita cada día 800 rosarios. Si de la boca de los niños, como dice la Escritura, sale la alabanza perfecta, mucho han de valer ante Dios las oraciones de tantos niños inocentes.

Catálogo de la Orden.—Se ha editado en Roma el Catálogo de todos los religiosos, conventos y casas de misión que pertenecen á la Orden de Predicadores. Los Dominicos que existen en todo el mundo son 4.471. Los conventos son 346, distribuídos de este modo: 268 en Europa, 9 en Asia, 68 en América y 1 en Australia. Las casas de misiones son 209: de éstas 175 están en Asia, 32 en América y 2 en Australia.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.